

# ESPAÑA EN EL PAISAJE Y EN EL TIEMPO DE ANTONIO MACHADO

*Dedico este trabajo a mis  
apreciados maestros  
Concha Zardoya,  
Ramón de Zubiria, y  
Carlos Bousoño.  
De modo especial, lo dedico  
también a Carmen, mi esposa,  
y a mis hijos María,  
Anthony y Carmencita.*

## Introducción

Los temas de España, del paisaje y del tiempo en la poesía de Antonio Machado han sido estudiados a fondo por críticos eminentes como Aurora de Albornoz, Bernard Sesé, Adela Rodríguez Forteza, Cerezo Galán y muchísimos otros. Vemos, sin embargo, que hay otras cosas que decir, cosas que, irónicamente, nos es difícil decir. La ironía de la dificultad queda en el hecho de que, al intentar hablar del «tiempo» machadiano, nosotros nos encontramos con un tiempo limitado, reducido. Poco tiempo. Así que ¡jempemos!

## España en el paisaje

La visión poética que Antonio Machado tiene de España es la de una entidad que, como cualquier otra entidad, por el inevitable paso del tiempo, nace, vive, sufre, vibra, tiene momentos gloriosos, empieza a decaer y se duerme como muerta. La España de fin de siglo XIX, la España de la guerra del 98, la España sin colonias, está estancada. Por estar estancada y parada en el tiempo, España, para el poeta, no deja de ser noble, y vemos que la nobleza de esta tierra queda en el alma, en el corazón. Las feroces guerras, durante innumerables siglos, han destrozado el cuerpo dejándolo herido, pobre y desnudo y han martirizado el alma. El poeta habla e invoca a su España, teniendo dolor y tristeza en su propia alma, como si ella, España, estuviese agonizando en un lecho de muerte:

¡Oh, tierra triste y noble,  
la de los altos llanos y yermos y roquedas,  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decréptas ciudades, caminos sin mesones,  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aún van, abandonando el mortecino hogar,  
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Antonio Machado ve a España tal y cual como está; no tiene arados para bien cultivar la tierra, lo cual implica pobreza; tiene ciudades decaídas que ya no son ciudades, no tiene mesones para que el caminante descansa, ni hay árboles para que éste se refresque en la sombra, y no hay danzas ni canciones, los símbolos de la tradición, la cultura, la alegría y la expresión del alma humana. El poeta, sin hablar de guerras, batallas, destrucción o matanzas, sin el uso de tiempos verbales pasados ni de presentes históricos, con un solo verbo, un presente (van), en ocho versos, nos da una visión brillante de un presente real que nos explica todo un pasado. Se nos hace claro por la fuerza de la expresión poética y, además, por nuestro conocimiento de la historia de España, que esta descripción es de un paisaje del presente, y que en él ha ocurrido un cambio negativo. Sabemos que las ciudades, antes de ser decréptas, eran ciudades florecientes, que los caminos no han existido siempre sin mesones y que los campos han tenido arados. Así que, ante esta realidad del presente, se ve, o nos podemos imaginar, un país que fue glorioso y dominador y que, en el hoy del poeta, es miserable. ¿Qué importancia tendrán cosas como arados, arboledas, mesones, danzas y canciones? En Castilla mucha, puesto que en ella estas cosas eran la esencia que significaba una riqueza material, cultural y espiritual.

La visión machadiana de Castilla, una Castilla en decadencia que, sin embargo, no deja de ser noble y hermosa, parece, a veces, exagerativamente pesimista, especialmente si la comparamos con la de Azorín en su libro *Castilla*. Sin embargo, este mismo gran maestro confirma la verdad de la palabra de don Antonio cuando, hablando de las ventas o mesones de Castilla, de aquellas ventas tan importantes en la historia y la literatura de España (recuérdense las ventas del *Quijote*), dice: «Muchas de estas ventas han sido a largo tiempo abandonadas... De estas ventas sólo quedan unas paredes tostadas por el sol, calcinadas; los techos se han hundido y se muestra roto el vigamen y podridos y carcomidos los cañizos»<sup>1</sup>.

Ventas o mesones en tal estado ya no son mesones, por eso don Antonio dice: «caminos sin mesones». Estas dos descripciones de la realidad son, sin embargo, dos visiones un poco distintas, puesto que Azorín ve esta decadencia de la venta como consecuencia de un cierto progreso alcanzado en

---

1. AZORÍN: *Castilla*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, séptima edición, 1969, pág. 37.

otros campos: «[las ventas] están cercanas a caminos y travesías que han sido hechos inútiles por carreteras nuevas y ferrocarriles»<sup>2</sup>, y Machado ve la desaparición de los mesones —a través de sus ojos de caminante y explorador del campo y de la vida castellana— como la destrucción de una parte esencial de las entrañas de Castilla. Machado no es cronista ni historiador, no es poeta romántico ni surrealista, sino poeta de la emoción, de la emoción que le produce la realidad, el paisaje. El canta el paisaje que le afecta, que le produce una emoción, por tanto su inspiración poética brota de su corazón emocionado, de su alma emocionada. Esto hace que la España de don Antonio, como su poesía, se conviertan en puro sentimiento profundamente humano. Es por eso que él, en *Campos de Castilla*, no sólo «canta» o «cuenta» la historia de España, sino que, con gran pudor, al contemplar el paisaje, llora a la misma España, la alaba, la evoca, la sueña y se queja de ella. España y su historia, por lo tanto, deben de verse a través de don Antonio, de lo que él siente por ella y de la emoción que le ha producido su paisaje. Es así que nacen poemas como «Las encinas», donde el poeta demuestra todo su amor por la tierra, por lo terrenal junto a lo ideal de España; donde canta una pobre planta de la pobre España y donde, enumerando los árboles ibéricos, da una visión de las varias regiones españolas:

El roble es la guerra, el roble  
dice el valor y el coraje,

... ..

El pino es el mar y el cielo  
y la montaña: el planeta.  
La palmera es el desierto,

... ..

Las hayas son la leyenda.

... ..

el naranjo la fragancia;

... ..

el ciprés oscuro y yerto.

¿Qué tienes tú, negra encina  
campesina,  
con tus ramas sin color  
en el campo sin verdor;  
con tu tronco ceniciento  
sin esbeltez ni altiveza,  
con tu vigor sin tormento,  
y tu humildad que es firmeza?

2. AZORIN: *Castilla*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, séptima edición, 1969, pág. 37.

Los poemas andaluces, que en su mayor parte aparecen en *Campos de Castilla*, no reflejan tanto la preocupación por España, sino por el paso del tiempo. Los olivos, del poema del mismo nombre, por ejemplo, son vistos en su devenir temporal, mientras los poemas sobre Castilla están cargados de preocupación por la patria, puesto que, como dijo Ortega y Gasset en su *España invertebrada*, «Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho»<sup>3</sup>. (Como veremos al final, la preocupación por la patria es una preocupación también temporal).

Por lo tanto, Antonio Machado pocas veces menciona España, sino Castilla, la «Castilla miserable, ayer dominadora» que unió España con sus ideas de grandes empresas y sus ideales:

encinas de Extremadura,  
de Castilla, que hizo a España,

Esta visión de la Castilla unificadora y conquistadora, de la que ha hecho a España, expresada en verso o en prosa, la comparten todos los miembros de la generación del 98. Con un tono épico al hablar del pasado y con un tono no de desprecio, sino casi de compasión y comprensión al hablar del presente, en el poema cumbre del paisaje y de la historia, «A orillas del Duero», Machado dice:

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,  
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.  
Castilla no es aquella tan generosa un día,  
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,  
ufano de su nueva fortuna y su opulencia,  
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia.

Decir que Antonio Machado ataca a Castilla culpándola de haber deshecho a España sería un atrevimiento, ya que, como buen poeta, consciente o inconscientemente antirromántico, no hace más que aludir y sugerir. Pero ni siquiera podemos decir que él sugiera tal ataque contra Castilla; al contrario, hay que decir que pudorosamente comprende y compadece el estado en que se encuentra Castilla. En los siguientes versos el dolor de Castilla es el dolor propio del poeta por Castilla:

¡Castilla varonil, adusta tierra,  
Castilla del desdén contra la suerte,  
Castilla del dolor y de la guerra,  
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

---

3. JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *España invertebrada*, El Arquero, Revista de Occidente, Madrid, decimoquinta edición, 1967, pág. 67.

Es evidente que España ha sido desgastada por el tiempo, puesto que el tiempo lleva consigo y trae, además de cosas buenas, cosas malas como las guerras. Castilla, tierra donde se ha sembrado muerte, a su vez, es inmortal. Claro está, si el tiempo desgasta, y con su paso se llega a la muerte, también con su paso se llega a la resurrección, al renacimiento, a la inmortalidad. Castilla está dentro de este círculo vital que nunca perece. Lo que el poeta no quiere es que España se quede en un estanque y, sin hacerlo explícitamente, critica la actitud de superioridad y de desprecio que ella, por ignorancia, ha adoptado hacia los otros países del mundo:

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.

Notemos que, en todos estos casos, el poeta, al enfrentarse con el paisaje real de su hoy, sueña con un paisaje del pasado glorioso; un paisaje que él mismo nunca ha visto, pero que antes era real. Como el poeta, así la misma Castilla sueña:

¿Espera, duerme o sueña?

Bien sabe Machado que esperar sin haber antes actuado no sirve para nada; bien sabe que hay una gran diferencia entre dormir y soñar. Si Castilla duerme es igual que estar muerta, pero si sueña no sólo recobra el pasado por el momento, sino que (y esto es lo importante), al saberse enfrentar con la realidad y al compararla con el sueño del pasado, el mismo sueño, con esfuerzos, con los estímulos de la comparación y con nostalgia, puede volverse en realidad. Como se puede ver en el poema XCVIII, «A orillas del Duero», ya citado, Machado en realidad no ve Castilla como la que ha deshecho España, sino como la que, después de su inevitable decaimiento, no la ha vuelto a hacer de nuevo. Esta visión de una Castilla sin ideales, sin héroes y sin ideas, de la Castilla que necesita un ideal, una locura, otro don Quijote, Machado la comparte con Unamuno. El maestro de Salamanca en *Vida de don Quijote y Sancho* dice: «Y tú y yo estamos de acuerdo en que hace falta llevar a las muchedumbres, llevar al pueblo, llevar a nuestro pueblo español, una locura cualquiera, la locura de uno cualquiera de sus miembros que esté loco, pero loco de verdad y no de mentirijillas. Loco y no tonto»<sup>4</sup>. (Cuando Unamuno dice «tú y yo» no se refiere a Machado, sino al lector en general).

Es interesante ver lo que Lain Entralgo dice de Unamuno y de toda su generación respecto a este tema, en la nota a pie de página número 24 del capítulo VI de su libro *La generación del noventa y ocho*: «La hostilidad de Unamuno contra la Dictadura debióse, fundamentalmente, no a que Primo de

---

4. MIGUEL DE UNAMUNO: *Vida de don Quijote y Sancho*, Colección Austral, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, decimoquinta edición, 1971, pág. 14.

Rivera fuese Dictador, sino a que, siéndolo, no acertó a ser el "loco caballero andante" que anhelaba su generación, el hombre capaz de hacer real la España soñada por ellos»<sup>5</sup>.

Ya que hemos visto que Castilla es el alma y el corazón de España, así veamos que la Soria de Machado es el alma y el corazón de su Castilla. Soria aparece en la mayoría de los poemas de *Campos de Castilla* y en un poema de nueve partes, dedicado enteramente a ella, a sus campos y a sus gentes. He aquí unos versos de la Soria vista también, como el resto de Castilla, en su devenir histórico:

## VI

¡Soria fría, *Soria pura*,  
*cabeza de Extremadura*,  
 con su castillo guerrero  
 arruinado, sobre el Duero;  
 con sus murallas roídas  
 y sus casas denegridas!  
 ¡Muerta ciudad de señores  
 soldados o cazadores;  
 de portales con escudos  
 de cien linajes hidalgos,  
 ... ..

## VII

Tardes de Soria, mística y guerrera

Si para Machado Soria es el corazón de Castilla y Castilla el corazón de España, entonces, dentro de este vasto paisaje, el Duero es la arteria mayor que da vida y hace palpitar a Castilla:

El Duero cruza el corazón de roble  
 de Iberia y de Castilla

En *Campos de Castilla*, contando las partes de «Campos de Soria» como poemas individuales, e incluyendo «La tierra de Alvargonzález», el Duero aparece en bien dieciséis poemas, y su nombre, o sea, la palabra «Duero», aparece veintiocho veces. Esto sin contar las veces en que aparece sólo la palabra «río», implicando que se trata del Duero. No cabe duda que un río que es mencionado tantas veces a lo largo de este libro y que es parte inseparable del paisaje (sin la arteria el corazón se moriría), significa algo especial para el poeta y su poesía. El Duero, usando la terminología de Carlos Bousoño, es aquí un símbolo disémico. El es el río real y verdadero que, como hemos

dicho, da vida y alimenta a Castilla con sus aguas, pero además representa el paso del tiempo, el tiempo mismo. Aquí tenemos la relación del Duero con la historia. El no sólo alimenta y da vida a Castilla en el hoy del poeta, sino que se la ha dado a lo largo de los siglos y ha desempeñado, como es lógico, varios papeles en el mismo proceso de la historia. No por ser parte de la historia de España, sin embargo, es el Duero símbolo disémico. Lo es por ser, a lo largo de esta obra, el testigo de la historia que con su murmullo cuenta. El Duero y el resto del paisaje son, a la vez, protagonistas y testigos o testimonios siempre vivos del proceso histórico; algo que ningún ser humano puede ser.

### España en el tiempo

Bien dice Ramón de Zubiría en su libro *La poesía de Antonio Machado* que además de soñar con una infinita variedad de cosas y principalmente con los recuerdos, «Machado soñaba, inclusive con acontecimientos anteriores a su nacimiento, cuando anticipaba, fantaseando, los posteriores a su desaparición»<sup>6</sup>. Esto se puede decir sin vacilación alguna al hablar de la España de Machado. En *Campos de Castilla* vemos a España, a través del paisaje, en su devenir histórico o temporal, o sea, en el pasado, presente y futuro. Antes de ver el pasado y el futuro soñados, detengámonos a ver el presente y como Machado, por medio de lo que Carlos Bousoño llama «sugerencia», nos hace ver o soñar a nosotros mismos un pasado glorioso y a veces un futuro de resurrección; un futuro mejor que el presente. Para dar el mejor ejemplo de esto nos vemos obligados a citar unos versos ya citados de «A orillas del Duero», y a hacer algunas observaciones en parte ya hechas:

¡Oh, tierra triste y noble,  
la de los altos llanos y yermos y roquedas,  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aún van, abandonando el mortecino hogar,  
como tus largos ríos, Castilla hacia la mar!

Esto es lo que el poeta ve a través de sus ojos de incansable caminante y explorador, y, puesto que lo ve (nótese el adverbio «aún» y el presente «van»), no puede ser más que el presente. Pero, ¿por qué es triste la tierra?, ¿por qué no tiene arados ni mesones? Sin darnos cuenta en un primer momento, a través del preconsciente, o sea, a través de velocísimas asocia-

---

6. RAMÓN DE ZUBIRÍA: *La poesía de Antonio Machado*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, segunda edición, 1959, pág. 78.

ciones mentales, no podemos por menos que llegar a la idea del pasado de España o a lo que sabemos del pasado de España<sup>7</sup>. Esta emoción es justificada por el hecho de que en el fondo sabemos que en Castilla había, en un tiempo, arados y mesones, o, al menos, era posible que los hubiera. Si Machado, hablando de la misma Castilla, en lugar de haber dicho «sin mesones» hubiese dicho, supongamos, «sin pagodas» este tipo de emoción no se hubiese producido en nosotros, ya que sabemos de antemano que Castilla nunca ha tenido pagodas. La interpretación sería entonces la de que el poeta estuviese tratando de poner en relieve la diferencia entre dos culturas, la oriental y la occidental. Así de golpe, al enfrentarnos con este paisaje del presente, nos imaginamos o «soñamos» con una España del pasado: gloriosa, con mesones, arados, ciudades sanas, etc. No sólo, también deducimos el deseo que Machado tenía de una España mejor, o sea, su sueño del futuro. Además de lo que sugieren estos versos, ellos nos dan simplemente una visión realista del paisaje del hoy del poeta.

Ahora que hemos hablado breve y rápidamente de España, vista en el presente del poeta, es preciso pasar a ver la España del pasado. Esto no se puede hacer, sin embargo, sin referirnos al presente, puesto que es éste el estímulo, el trampolín que lanza al poeta hacia la visión del pasado. Machado en *Campos de Castilla* no evoca el pasado glorioso de España ni lo recuerda, sino que lo sueña, ya que es un pasado remoto, anterior a su nacimiento. Sueña la gloria y el imperio como Dante soñó el imperio romano, ya en su época extinguido desde hacía mucho tiempo. Pocos son los poemas donde aparece la España del pasado, la España con un trasfondo épico e histórico, y, otra vez, entre ellos el mejor ejemplo lo da «A orillas del Duero». Antes de citar los versos de la España de antaño nos parece necesario repetir que es el paisaje de su hoy, después de verlo mientras «trepaba por los cerros», que le sirve al poeta de estímulo para dispararse al sueño «despierto» del pasado, puesto que en él (en el paisaje) ve que:

Sobre sus campos aún el fantasma yerra  
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

En seguida llega el sueño que al principio es si no interrumpido por la realidad del presente, al menos contrastado:

La madre es en otro tiempo fecunda en capitanes,  
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.  
Castilla no es aquella tan generosa un día,  
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía  
ufano de su nueva fortuna, y su opulencia,

---

7. Nuestra interpretación se basa sobre los principios teóricos expuestos por Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética*, Editorial Gredos, Madrid, quinta edición, 1970.



a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;  
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,  
pedía la conquista de los inmensos ríos  
indianos a la corte, la madre de los soldados  
guerreros y adalides que han de tornar, cargados  
de plata y oro, a España, en regios galeones,  
para la presa cuervos, para la lid leones.

Lo que distingue a Machado, al gran poeta, de un soñador de profesión es el hecho de que la realidad, por lo amarga que sea, se le impone y en seguida vuelve a ella:

Filósofos nutridos de sopa de convento  
contemplan impasibles el amplio firmamento;  
y si les llega en sueños, como un rumor distante,  
clamor de mercaderes de muelles de Levante,  
no acudirán siquiera a preguntar: ¿qué pasa?

En el poema CII «Orillas del Duero», que no debe de confundirse con el poema que acabamos de citar («A orillas del Duero»), se ve otra vez cómo el poeta, al contemplar la «primavera soriana», se lanza hacia el pasado con aquel tono épico que caracteriza los poemas de la patria:

¡Oh, tierra ingrata y fuerte, tierra mía!  
¡Castilla, tus decrepitas ciudades!  
¡La agria melancolía  
que puebla tus sombrías soledades!  
¡Castilla varonil, adusta tierra,  
Castilla del desdén contra la suerte,  
Castilla del dolor y de la guerra,  
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

La melancolía, aquella melancolía muy machadiana, es propia de España y de Machado. Es la consecuencia de la añoranza de aquel pasado glorioso que se teme, a veces, que no va a volver nunca.

Con esto ya podemos pasar a la visión del futuro diciendo que no sólo el poeta teme que aquel pasado glorioso no volverá, sino que España tendrá un futuro oscuro, quizá más oscuro que el presente:

#### LIII

Ya hay un español que quiere  
vivir y a vivir empieza,  
entre una España que muere  
y otra España que bosteza.  
Españolito que vienes  
al mundo, te guarde Dios.  
Una de las dos Españas  
ha de helarte el corazón.

A pesar de este sentimiento a veces un tanto pesimista, lo que caracteriza la poesía de Machado es aquel tono de esperanza que se encuentra al final de muchos poemas:

¡Qué importa un día! Está el ayer alerta  
al mañana, mañana al infinito,  
hombre de España: ni el pasado ha muerto,  
ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

Ya que hemos visto los tres tiempos —presente, pasado, futuro—, pasemos a unas consideraciones finales y preguntémonos por qué Machado se preocupaba por España si la veía a través del paso del tiempo; o sea, como un péndulo que va de la gloria a la decadencia y, quizá, a la gloria otra vez. Nos ayudará a empezar a contestar esta pregunta el poema CXXXV «El mañana efímero»:

El vano ayer engendrará un mañana  
vacío y ¡por ventura! pasajero.

Si «por ventura» el «mañana vacío» pasará, también, por desgracia pasará aquel mañana o pasado mañana de luz que el poeta espera. Entonces ¿qué? Pues Machado con su poesía trata de actualizar o acercar aquel mañana que él espera porque, con su angustia de «hombre en el tiempo», se da cuenta de que cada día es importante y valioso; tan valioso que no hay que dejarlo escapar, ni hay que esperarlo. Hay que vivirlo. Hay que actuar, y él actúa creando, poniendo «la palabra en el tiempo». ¿Para qué esperar pasivamente? Si el tiempo pasa, entonces no hay mañana, porque el mañana pasará. Así que no hay más que «hoy», y hay que despertar para que hoy sea aquel mañana tan esperado y para que el hoy sea siempre el hoy brillante y glorioso. Hay que dejar de esperar, porque si se espera un mañana mejor significa que el presente es decadente. Esto es lo que vemos en la poesía castellana de Machado y lo que se encuentra en la obra de la generación. Veamos lo que escribe Unamuno: «No hay porvenir; nunca hay porvenir. Eso que llaman el porvenir es una de las más grandes mentiras. El verdadero porvenir es hoy. ¿Qué es de nosotros mañana? ¿Qué es de nosotros hoy, ahora? Esta es la única cuestión.

Y en cuanto a hoy, todos esos miserables están muy satisfechos porque hoy existen, y con existir les basta. La existencia, la pura y nuda existencia, llena su alma toda. No sienten que haya más que existir.

Pero ¿existen? ¿existen de verdad? Yo creo que no; pues si existieran, si existieran de verdad, sufrirían de existir y no se contentarían con ello. Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y el espacio, sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito. Y ese sufrimiento, esta pasión que no es sino la pasión de Dios en nosotros, Dios, que en nosotros sufre por sentirse preso en nuestra infinitud y nuestra temporalidad, este divino sufrimiento les haría romper

todos esos menaguados eslabones lógicos con que tratan de atar sus menaguados recuerdos a sus menaguadas esperanzas, la ilusión de su pasado a la ilusión de su porvenir»<sup>8</sup>. Si bien Unamuno habla en un nivel metafísico, lo que dice se puede aplicar a todas las facetas de la vida, y estas últimas palabras parecen antagónicas a los sentimientos de Machado por el simple hecho de que el poeta sevillano recordaba y esperaba. Pero no. Don Antonio vivía, recordaba, soñaba, esperaba y creaba, y con su creación poética no sólo actuó como hombre vivo y consciente de su temporalidad, sino que se salvó de ella. Además, nuestro poeta no trataba de atar sus recuerdos a sus esperanzas con eslabones lógicos, sino con la intuición, con el corazón. Machado, por lo tanto, con su poesía desempeñó un gran papel como hombre en «su» tiempo; hombre del 98.

Ahora bien, nótese cómo la patria y el tiempo han ido entretejiéndose hasta casi confundirse. ¿Entonces qué? ¿Cuál es la verdadera preocupación de Machado? ¿Es España? ¿Es el tiempo? Las dos cosas; pero en el fondo la preocupación principal es el tiempo, porque no puede haber preocupación o angustia por el paso del tiempo sin, automáticamente, tenerla por las cosas que él arrastra, y, en este caso, no puede haber preocupación por la patria si no la hay por el tiempo.

El mañana de España es hoy, por eso Machado se preocupa por ella. Sí, espera, pero actuando. Y quizá no se diera cuenta de que la España de su hoy era intelectualmente gloriosa gracias a él y a su generación.

ANTONIO BARBAGALLO

---

8. MIGUEL DE UNAMUNO: *Vida de don Quijote y Sancho*, Colección Austral, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, decimoquinta edición, 1971, pág. 12.

## BIBLIOGRAFIA

- AZORÍN: *Castilla*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, séptima edición, 1969.
- BOUSOÑO, CARLOS: *Teoría de la expresión poética*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, quinta edición, 1970.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *La generación del 98*, Diana, Artes Gráficas, Madrid, 1945.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *España invertebrada*, El Arquero, Revista de Occidente, Madrid, decimoquinta edición, 1967.
- UNAMUNO, MIGUEL DE: *Vida de don Quijote y Sancho*, Colección Austral, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, decimoquinta edición, 1971.
- ZUBIRÍA, RAMÓN DE: *La poesía de Antonio Machado*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, segunda edición, 1959.